

2-II-89

*Vive el País en la Inseguridad, la Inviabilidad*

## Menos Deuda ¿a Cambio de qué?

- ★ Lo que se Ahorre lo Perderán los Dueños del Capital
- ★ La Fuerza de los Pagos nos Está Empujando Hacia Atrás
- ★ Es el Séptimo año de un Esfuerzo que Parece Inútil

LORENZO MEYER

Si definimos la seguridad de un individuo o una organización como la ausencia de una amenaza externa a uno o más de sus intereses o variables vitales, entonces tenemos que concluir que hoy, en México, tanto el gobierno, el régimen e incluso la nación misma, viven una situación de inseguridad, de inviabilidad.

La sociedad mexicana se dispone a entrar sin gota de entusiasmo en el séptimo año de un esfuerzo que parece inútil. Para el mexicano promedio, la sensación dominante es muy similar a la de aquel que, pese a braccar con energía, se da cuenta de que no sólo no avanza sino que, conforme el tiempo transcurre, va hacia atrás: entre 1980 y 1987 el producto per cápita en México disminuyó en 10.5%. Y esa fuerza que individual y colectivamente nos está empujando hacia atrás es, obviamente, la deuda externa.

La deuda mexicana de 107,000 millones de dólares equivale a 77% del producto interno bruto y es una piedra de molino atada al cuello de la sociedad mexicana. Si, como se señala en algunos cálculos recientes, en 1988 México envió 14,000 millones de dólares al exterior como pago de intereses y principal, eso

equivalió a bastante más de la mitad del valor de nuestras exportaciones. Con pagos de esa magnitud nadie puede esperar que la economía mexicana vuelva a crecer, ni siquiera los banqueros a quienes les pagamos.

Al concluir el siglo XVIII, en 1799 para ser precisos, la Nueva España contribuyó al tesoro real español con justamente 14 millones



de pesos oro; de este total 6 millones se remitieron a las arcas del monarca en Madrid, 4 millones se gastaron en subsidiar la administración de las partes poco productivas del imperio —el Caribe, las Filipinas y las posesiones enormes pero semidesiertas del norte— y sólo 4 millones se gastaron en atender la administración y defensa de la sociedad que había producido esa riqueza. En otras palabras, del excedente total tomado por la corona a sus vasallos novohispanos, 72% lo gastó fuera. Se supone que justamente esa transferencia unilateral y desmedida de riqueza, fue una de las causas profundas que dio lugar a la independencia.

★

Hoy ya llevamos 168 años de vivir como nación supuestamente independiente, pero según las cifras oficiales, resulta que ahora poco más de 60% de los recursos que el gobierno extrae de la sociedad se va en pagar una enorme deuda interna y externa. Desde esta perspectiva no hemos avanzado mucho. Hoy, como hace casi doscientos años, el aparato gubernamental nativo sirve como instrumento para recaudar cifras enormes de recursos de una sociedad pobre y periférica para luego enviarlos al exterior, a las nuevas metrópolis, provocando no sólo la persistencia de un retraso centenario sino agudizándolo, con lo cual ha provocado el aumento de las tensiones internas al punto que desde las últimas elecciones nacionales el partido del Estado mismo, están inmersos en una crisis política de gran magnitud.

Y si la violencia masiva aún no ha estallado en México, la estabilidad ya no se puede dar por sentada. La dependencia mexicana actual, las condiciones de sobreexplotación en que se da, no son sostenibles en el largo plazo, al igual que no lo eran aquellas que impusieron Madrid a la Nueva España bajo el reinado de los Borbones en el siglo XVIII.

El Presidente —razonando igual que el mexicano común— acaba de decir a este diario, que: "El país ya no aguanta mucho la situación actual... El bienestar de los mexicanos ya no puede esperar... ya no puede haber más ajustes

en términos de baja en los niveles de vida". Según el Jefe del Ejecutivo, en un futuro muy cercano —no fijó un plazo exacto pero habló de o más de unos cuantos meses— la deuda debe estar renegociada en buenos términos. El declarante tampoco especificó los términos, pero es obvio que la salida de recursos mexicanos para enriquecer aún más a las sociedades que ya son ricas, deberá disminuir de tal manera que México vuelva a crecer.

De lo dicho por el Presidente, y de la lógica misma de las circunstancias, se desprende que todo el proyecto económico —y por tanto político— de Salinas de Gortari y sus jóvenes tecnócratas, depende de

que logren convencer —¿cómo?— a nuestros acreedores de que acepten una disminución de varios miles de millones de dólares anuales, quizá 5 ó 7 mil millones menos. Ahora bien, si todo el proyecto sexenal se basa en esta esperanza, eso significa que si hay viabilidad depende de lo que se decida fuera de nuestras fronteras, lo que no es la mejor de las circunstancias.

Para México, son los banqueros norteamericanos y no los europeos y japoneses, los que tienen el papel político clave, pues somos parte de la esfera de influencia norteamericana y una vez tomada la decisión en Washington y Nueva York, importa poco lo que se diga y haga en otras latitudes. Ahora bien, ¿cómo se supone que los enviados de Carlos Salinas van a convencer a los banqueros norteamericanos para que dentro de unos cuantos meses acepten lo que no aceptaron durante todo el sexenio pasado, es decir, acepten recibir varios miles de millones de dólares menos de los que se supone deben recibir? Esta pregunta, o más bien su respuesta, es vital para cada uno de los ciudadanos mexicanos, pues son ellos los que con su trabajo —con la caída de 50% en el poder adquisitivo de su salario— y menor consumo aportan los recursos que el gobierno envía al exterior.

Pues bien, pese a lo importante que es para todos nosotros el tema de cómo se piensa negociar el cambio en los términos de la deuda, el Presidente y todo

su equipo se han negado sistemáticamente a decirnos cómo están jugando esta gran apuesta en la que todos tenemos tanto que ganar o perder. Esta ignorancia premeditada sobre las condiciones en que se juega nuestra suerte colectiva, es consecuencia directa de la naturaleza política de nuestro anquilosado sistema político, donde los ciudadanos son básicamente objetos y no sujetos del proceso político. Pero en fin, retornemos al tema central. Es un hecho evidente que, hasta hoy, los bancos internacionales se han negado a modificar sustancialmente los términos en que se pactó la deuda. Esta negativa les ha dado un resultado fantástico, pues le ha permitido el equivalente de sacar sangre de las piedras. Si esos bancos no han aceptado ningún cambio en nuestro favor en el pasado, ¿por qué van a cambiar en el futuro?

Como un buen número de colegas, a mi me ha tocado en los últimos meses asistir a conferencias en donde participan representantes de los grandes bancos norteamericanos que controlan una parte sustantiva de nuestra deuda. De manera invariable les he oído asegurar a esos funcionarios bancarios de alto rango que a sus instituciones, en tanto que empresas privadas responsables ante sus accionistas, no son los actores a los cuales les corresponde iniciar la modificación de las reglas del terrible juego que están jugando con México o con el resto de América Latina. Esos señores banqueros insisten que si se ha de hacer algo para disminuir la carga que hoy pesa sobre México o sobre otros países en situación similar, ese algo lo deben hacer los gobiernos de los países centrales.

La afirmación anterior significa, en términos concretos, que para que los bancos acepten modificar los términos de la deuda en nuestro favor (por ejemplo, cobrándola al precio real del mercado, que en nuestro caso es a 50% de su valor nominal), entonces las autoridades fiscales deben permitirles una deducción de impuestos por un monto similar o sugerirles alguna otra manera de transferir su pérdida de

los accionistas al fisco, es decir, al contribuyente. Lo anterior significa introducir, de lleno, nuestro problema de deuda al complejo mundo de la política interna de Estados Unidos.

No hay duda de que con una deuda externa tan grande como la que hoy tiene nuestro vecino del norte, y con un déficit fiscal de proporciones difíciles de imaginar, es muy difícil que el Congreso acepte de manera graciosa que México pague menos a costa de los intereses del contribuyente común. El diputado o senador común tiene pocos votos qué ganar y muchos qué perder si acepta que la pérdida de los bancos norteamericanos en México la cargue el fisco y no los banqueros que se metieron con los ojos bien abiertos en un negocio poco claro al prestarle a un país mal manejado pero con petróleo, y que hoy dice que no puede continuar cumpliendo las obligaciones que aceptó insensatamente el decenio anterior. Esos bancos, además, no crearon reservas en previsión de que los deudores pobres dejen de pagar, pero sin importar lo anterior, siguen exigiendo ese pago puntualmente. Si alguien busca un ejemplo de injusticia internacional, este es uno de los mejores, y los contribuyentes norteamericanos no van a aceptar de buena gana ser ellos los que dan la solución.

La confianza de Carlos Salinas expresada al director de EXCELSIOR en el sentido de que en unos meses logrará que los duros banqueros internacionales las concesiones que ni su predecesor ni ningún otro gobierno latinoamericano han logrado, debe estar basada, entre otras cosas, en las declaraciones públicas del nuevo Presidente norteamericano, George Bush, y sobre todo, en lo dicho ante el Congreso norteamericano el 17 de enero por James A. Baker III, cuando ya había sido designado secretario de Estado.

Ante los senadores, Baker apuntó que entre los temas importantes de política exterior norteamericana en el Hemisferio Occidental, y después de Canadá, estaba



la relación con México. El país del sur, dijo, "está ahogado por su deuda externa y afronta una serie de retos muy serios a su estructura social". En opinión del nuevo secretario de Estado, la política reformista de Salinas de Gortari es la adecuada para sacar a México de sus crisis, pero el camino que aún debe transitar no es nada fácil y por ello "estamos decididos a ayudarlo. Está en nuestro interés hacerlo... (Pues) debemos estar conscientes de que la relación de Estados Unidos con México es de gran importancia".

Hasta aquí todo va bien: el Presidente Salinas busca relegitimarse él, a su gobierno y al régimen, con base en el buen resultado práctico, material, del ejercicio de un poder que fue adquirido de manera poco clara. Para lograrlo le es indispensable disminuir significativamente la carga externa de la economía. El nuevo gobierno norteamericano, por su parte, y señalando que está en su interés que el gobierno presidido por Carlos Salinas logre su objetivo, dice que va a ayudarlo. Sin embargo, el prometer no empobrece, lo difícil es hacer efectiva la promesa. Así pues al proyecto gubernamental mexicanoamericano sólo le falta lo principal: determinar quién y cómo va a asumir en Estados Unidos y en el mundo industrializado, el costo de lo que México va no va a pagar, sabiendo, además que el precedente mexicano puede ser invocado por el resto de los deudores tercermundistas.

El señor Baker y la administración de Bush van a tener que convencer a alguien muy poderoso en Estados Unidos de que es una gran idea que los bancos internacionales dejen de recibir varios miles de millones de dólares anuales de México y, quizá mucho más de otros países en situación similar. Este alguien a convencer son los accionistas de los bancos o el Congreso norteamericano, pues no hay otra opción, lo que se ahorre México lo perderán los dueños del capital financiero o lo deberá absorber el fisco norteamericano o, lo que es lo mismo, el contribuyente, previa representación de sus representantes en el Poder Legislativo.

Para que el Ejecutivo norteamericano se imponga en favor de México a intereses y grupos como los desiertos va a ser necesario que gaste una cierta cantidad de su propio capital político. Ahora bien, si Bush lo consigue, el gasto político que tal esfuerzo implicara, se lo va a cobrar a su colega de México, pues en política —sobre todo en política internacional— no se da algo a cambio de nada.

Y concluyo con la gran pregunta: supongamos que el deseo del Presidente Salinas se hace realidad —lo que no va a ser fácil— y Estados Unidos decide disminuirnos significativamente la terrible carga de nuestra deuda externa ¿qué está dispuesto a dar a cambio de tal disminución nuestro gobierno es un mundo donde favores de ese tamaño no pueden salir gratis?